

CAPÍTULO XXIX

Habían salido del edificio del CIQUS atravesando parte del campus universitario caminando en silencio cada cual, reflexionando individualmente sobre lo hablado, los rostros mostraban preocupación, exteriorizaban un dilema ético, pero también exteriorizaban una preocupación por su actividad profesional futura. Nadie se atrevía a interrumpir el silencio que se prolongaba a lo largo del trayecto, estaban ante uno de esos momentos de inflexión cuyas decisiones habrán de marcarles sus vidas para siempre. Son decisiones internas, decisiones mentales que tendrán sus naturales consecuencias en la práctica profesional y en sus actitudes cotidianas en la relación con todo lo que les rodea. Una decisión conduce por un camino, otra decisión conduce por el camino opuesto, una decisión los mantendrá incómodamente alerta y vivos, otra decisión mantendrá sus cuerpos satisfechos, pero sus espíritus habrán permanecido sin vida, irradiando a lo sumo una luz mortecina semejante al lamento agónico del moribundo.

David caminaba con Alba unos pasos más adelante que los demás.

– Mi familia es rica, le espetó de pronto David, rica e influyente desde generaciones.

– Lo suponía, dijo Alba, el deportivo que conduces, Cambridge, la casa de tu familia, corroboran mi suposición.

– Su riqueza es mucho mayor de lo que supones, abarca desde la inversión en la industria farmacéutica a la industria militar y espacial, su influencia por lo que he podido saber, alcanza a los niveles más altos en todo el mundo.

– Ahora me encajan las piezas de este puzle, cuyo origen no es otro que la influencia de tu familia.

David asintió moviendo afirmativamente la cabeza.

– También debo añadir que esta influencia familiar se diluye en la corriente de otras influencias similares del mismo modo que una inversión económica se diluye con otras inversiones en una sociedad anónima. Esta será mi herencia material me guste o no, esta es mi realidad como mi realidad es la ascendencia judía, aunque hagamos caso omiso de la religión, la cultivamos hipócritamente por apariencia considerándola algo útil. La religión familiar son las finanzas.

Alba desconcertada por las palabras de David no sabía que decir.

– Me han educado, continuó él hablando con firmeza, pero con humildad, no en la austeridad, pero si en la sencillez, dentro de lo que por sencillez pueda entenderse en una familia como la mía. He tenido acceso a todo lo que materialmente podría obtenerse con dinero, tal vez por ese motivo soy poco exigente y todo me satisface.

Alba permanecía en silencio, David parándose ante ella le cogió el rostro entre sus manos.

– No deseo otra cosa en el mundo que estar a tu lado, conociéndote sé que no te puedo comprar por mucha riqueza familiar que tenga, pero me has aceptado voluntariamente, no permitas que una responsabilidad familiar te aleje de mí, ni permitas que lo que llegue a compartir contigo cambie tu manera de sentir la vida.

Separó las manos de su cara y cogiéndole en su lugar las manos le dijo.

– No te imaginas la cantidad de proyectos en los que directa o indirectamente podrías influir, este es otro motivo de peso para que no me mandes, como decís por aquí, a freír espárragos.

Volvieron a caminar cogidos de la mano y en silencio, el grupo había permanecido ligeramente apartado intuyendo que hablaban algo muy íntimo.

– Nada puede hacerse, la evolución individual queda supeditada a una consciente marginalidad, le dijo Alba.

Entraron en la plaza Roja, llamada así por los estudiantes de los años setenta, porque era en ella donde se iniciaban las manifestaciones estudiantiles. La plaza ha sido remodelada urbanísticamente varias veces, la fuente que ocupaba su zona central como elemento decorativo por donde circulaban los coches a su alrededor, fue sustituida por amplias aceras y estas ocupadas por bancos de piedra de diseño y por las numerosas mesas de las terrazas de los cafés. A esa hora las terrazas se encontraban totalmente llenas, transeúntes caminaban por la plaza dirigiéndose con rostro ausente hacia los comercios de las calles circundantes. El consumo era una actitud para todos ellos de desahogo y evasión de las tensiones cotidianas, era lo que hacían aquellas gentes que caminaban o que permanecían sentados ante sus mesas, la mayor parte de estos últimos sin apartar la mirada de sus móviles y fortaleciendo sus bíceps con el movimiento del brazo llevando la bebida de la mesa a los labios y de los labios a la mesa.

De repente Alba sin soltar la mano de David, se giró hacia sus compañeros.

– Han hecho de nosotros una sociedad amedrentada que han gobernado históricamente por medio de la violencia. El Instituto de Análisis de la Defensa Americano I.D.A., proponía en un informe del año 1967, ideas para el control de las multitudes y manifestaciones, cosas como polvos picantes, ampollas pegajosas para pegar juntos a los manifestantes, fibras pegajosas, bandas adhesivas de difusión mecánica, susceptibles de frenar el movimiento de la multitud al atar a las personas entre sí o enredarse entre ellas, generadores de espuma que susciten angustia psicológica, dardos tranquilizantes y otras muchas propuestas semejantes, además de los consabidos chorros de agua a alta presión con tinte para la ropa, balas de goma y balas convencionales. Han pasado cincuenta años y nos han preparado académicamente como científicos para perfeccionar estas propuestas, en su momento innovadoras y en la actualidad obsoletas. Somos gobernados por quienes controlan nuestras mentes a través de nuestras emociones y deseos que previamente nos han sido implantados, controlan nuestras mentes por el miedo simple y llano, por el miedo indefinible e incuestionable y aceptamos este miedo como algo inherente a nuestras vidas, llegando a negar en nuestra ceguera su existencia, afirmando en un sincero autoengaño que somos libres y que vivimos en libertad. Las personas que nos rodean desde el más titulado académico al operario de una fábrica, niegan su miedo imbuidos de ficticia seguridad democrática, creen que la libertad dirige sus vidas, llamando civismo democrático a su manso comportamiento. Por mi parte estoy dispuesta siempre que tenga oportunidad, a ponerles a todos ellos tojos en la entrepierna.

– Seremos dos, cuenta conmigo, dijo David, apretándole la mano.

– Creo que puedes contar con todos nosotros. Añadió Marta sonriendo.

– Siete es un buen número para comenzar a colocar cilicios terapéuticos dijo el físico.

– ¿Qué es un tojo? Preguntó David.

– Eres más de asfalto que un paso de cebra, le respondió Alba.

David expandió por el aire un magnífico relincho y arrancó al trote arrastrando a Alba tras de sí, los demás imitaron el trote equino cada uno relinchando como supo, cruzando la plaza Roja y ascendiendo por la calle República del Salvador.

Transeúntes y consumicionistas de las mesas de las terrazas, les lanzaban miradas de reproches. Así va el mundo con jóvenes irresponsables como estos. Comentó en voz alta uno de los transeúntes mientras otros asentían intentando formar gremio.

Sólo un hombre ya de edad, sentado en una de las mesas sonrió abiertamente, su mujer le echó una mirada bronca, tal vez adivinándole el deseo de unirse a ellos.
